

# La inauguración del Canal de Suez

Contada por un bilbaíno

por

El Conde de Superunda

PERSONAJES INVITADOS. — ACTO INAUGURAL. — UNA SERENATA ESPAÑOLA A LA EMPERATRIZ. — FIESTAS CONMEMORATIVAS. — DOS "MENÚS" MUY DIFERENTES. LA ORGANIZACIÓN NO ES PERFECTA. — LO QUE COSTARON LAS FIESTAS AL KEDIF. — NO SE ESTRENÓ "AIDA"

Con ocasión de la última temporada bilbaína de ópera, y en uno de sus interesantes reportajes históricos, mi buen amigo Esteban Calle Iturrino acabó con la leyenda, muy extendida, de que el estreno de la famosa ópera de Verdi tuvo lugar en el Cairo con motivo de la inauguración del canal de Suez, y como espléndida manera de celebrar tan fausto acontecimiento.

Recordando entonces la existencia de unas cartas, en las que un bilbaíno daba cuenta a su familia de todo lo que vió el grupo de expedicionarios asistentes a la memorable inauguración, me propuse examinarlas por si en ellas se confirmaba, o se rebatía, la opinión de nuestro excelente escritor.

Anticipemos que del examen de estas cartas se deduce que Calle Iturrino tenía razón.

Pero vale la pena de extractar las crónicas—que tal nombre merecen por la minuciosidad con que en las cartas se relatan los sucesos—en atención a la importancia mundial de la obra entonces inaugurada.

El grupo de los expedicionarios que se lanzaron a la aventura afrontando las molestias que entonces tan largo viaje suponía, estaba formado por el Conde de Peñafiorida, don Víctor de Munive (jefe de la expedición); sus sobrinos Manuel María y José de Gortázar y

Munive, y Javier de Mendizábal y Munive (abuelo materno y padre estos dos últimos, respectivamente, del actual Conde), y Cayetano Uhagón, gran amigo de los que constituían el grupo familiar.

Hicieron por tierra la primera parte del viaje, a través de Francia e Italia, hasta el puerto de Brindisi, donde embarcan el 9 de Noviembre de 1869 en el "Príncipe Oddone".



VICTOR DE MUNIVE  
(Conde de Peñafloreda)

Este buque hace la travesía con su hermano gemelo el "Príncipe Amadeo", llevando pasajeros que van a la inauguración; los hay de distintas nacionalidades, pero en el "Príncipe Oddone" no van más españoles que nuestros expedicionarios.

"Hay tipos raros. Una señora, que es vivo retrato de Justa Sarría, va siempre hablando sola y cantando y acompañándose *al piano* en el estuche, o bolso de viaje, que ponía sobre sus rodillas".

También les llama la atención un joven francés que embarcó con traje de caza completo, incluso con polainas de cuero y escopeta, el cual por la tarde

"ya en ancho mar, salió a cazar... no sabemos qué, como no fuera un mareo que al pobre le tuvo todo el día hecho un trapo, tirado en un rincón".

En la travesía sufren las molestias de un fuerte temporal. "El barco se movía mucho por ser de hélice; estoy seguro de que en un buque de ruedas pocos se hubieran mareado. Cayetano renegaba del istmo y juraba no volverse a embarcar". Lo que no dice el cro-



nista es si Cayetano compartía su modo de pensar tan atrevidamente opuesto a los adelantos de la ciencia.

El domingo, 14 de Noviembre, entra el "Príncipe Oddone" en Port-Said, puerto original, de costa tan baja que se distingue desde el mar por las arboladuras de los buques que hay en él.

Fuera del puerto hay cuatro grandes fragatas de guerra, "entre las que tenemos el gusto de ver a la española, la *Berenguela*".

Las otras son, dos austriacas y una sueca. Los innumerables buques forman una ancha calle que el "Príncipe Oddone" va recorriendo muy despacio. Los pasajeros corren de un lado al otro para ver la confusión de botes, con gentes pintorescamente vestidas, cuyos gritos, mezclados con los de tierra, producen un contraste que les parecía estar soñando.

Pronto sufren la mala impresión de la suciedad del país, "empezando por el olor pestífero de los tripulantes del bote que nos llevó a tierra. ¡Qué miseria y qué hediondez! Me acordaba de los árabes que trabajaban en el teatro, que, aunque nos parecieron sucios, eran unos *dandys* junto a éstos".

La población está animadísima, adornada con innumerables mástiles con gallardetes y banderas, arcos y pabellones, pues en aquel día, 15 de Noviembre, se espera al Emperador de Austria y a la Emperatriz Eugenia. El efecto es el de un día de Carnaval. "El Casino es un café cantante en el que vemos farsas de igual clase que en París. Los hombres hacen sus abluciones, oraciones y... otras cosas, en plena calle y todo en la misma postura, por lo que resulta peligroso acercarse para curiosear."



JAVIER DE MENDIZABAL Y MUNIVE  
(Conde de Peñaflores)



El lunes, 15, entra la fragata española. Hay un tiroteo que ensordece, pues todos los buques de guerra se saludan a cañonazos. La fórmula protocolaria es la siguiente: nuestra fragata, una vez anclada, iza la bandera egipcia y la saluda con 9 cañonazos; el buque del país saludado iza nuestra bandera y suelta otros tantos chupinazos; luego nuestro barco va haciendo lo mismo con las de otras naciones,



MANUEL MARIA DE GORTAZAR  
Y MUNIVE

y en medio de este incesante tiroteo, y para acabar de complicar la situación, entra el Emperador de Austria, motivando tal estruendo que los pobres expedicionarios deciden huir a tierra para salvar los restos de oído que les quedan.

Antes pasan a la fragata española para saludar a los paisanos Arellano y Vivanco, y a otros artilleros conocidos de José (que pertenecen a la misma arma). Conviénesse en volver a verse cuando dispongan de más tiempo, pues las salvas tienen ocupada a toda la tripulación.

El Conde y José van a visitar a Lesseps, verdadero padre del canal, como es sabido, para

quien llevan una carta de presentación de Madoz.

Lesseps les presenta a su joven esposa que, dicen, es preciosa y muy amable. Se había casado el famoso personaje aquel mismo mes, y pocos días después de haberlo hecho su hijo con una hermana mayor de la nueva Madame Lesseps.

Esta sólo tiene 16 años, y su marido 64. (El nuevo matrimonio tuvo nueve hijos.)

Los viajeros visitan una capilla, y después recorren el barrio árabe, compuesto de chozas de caña y esparto, en el que aumenta la



porquería antes observada. "¡Qué mujeres, Dios mío!", dice el desilusionado cronista. Es preferible no seguirle en la descripción de aquel paraíso.

Completa su encanto la presencia en las calles de toda clase de bestias, como cerdos, burros, cabras, perros, gallinas, etc., con los que compete ventajosamente el árabe en la emanación de insufribles olores.

Por la noche disfrutan del espectáculo de los buques iluminados, y la música de las bandas militares y coros de marineros. La población está iluminada también.

El 16, a las nueve de la mañana, entra el buque en el que viaja la Emperatriz Eugenia, en medio del estruendo producido por las salvas y las aclamaciones de todas las tripulaciones.

La Emperatriz es el personaje central de las fiestas; a ella se conceden los honores máximos. El puerto ofrece un golpe de vista magnífico; los buques de guerra tienen sus palos cubiertos de banderas, y toda la marinería sobre las vergas. Nuestros amigos han tenido suerte en la colocación de su barco: tiene enfrente los del Emperador de Austria y del Virrey de Egipto, y ahora se sitúa junto

a este último el "Aigle", que es el de la Emperatriz. El tiempo es espléndido.

Después de almorzar, se acercan al "Aigle", asistiendo al momento en que la Emperatriz presenta sus Damas al Príncipe de Prusia, que sale de visitarla. A continuación pasan los oficiales españoles que acaban de llegar con la misma finalidad.



JOSE DE GORTAZAR Y MUNIVE



En un ángulo del pabellón mahometano se coloca un sacerdote viejecito con largas y blancas barbas, leyendo "no sabemos qué, en un pliego de papel muy ajado". Acabada la lectura, extiende las manos hacia el cielo, haciendo lo mismo el Virrey desde su tribuna, y termina su actuación pasándose las manos por la cara.



CAYETANO UTIAGON

Poco después tiene lugar la solemne ceremonia conmemorativa de la inauguración: a media tarde del día 16 de noviembre de 1869.

Al efecto se han construido en la playa tres pabellones muy bonitos y elevados. En el mayor de ellos hay una tribuna reservada a las personas reales y sus correspondientes séquitos. En las otras dos se celebran las ceremonias religiosas, la católica en el pabellón de la derecha, y la de rito mahometano en el de la izquierda.

Van llegando los personajes y sus brillantes acompañamientos, luciendo trajes y uniformes vistosos y variadísimos. La Reina de Holanda viene del brazo de uno de los hijos del Virrey; "es, por cierto, una señora vieja, muy alta y con gesto de vinagre". Poco

después se oyen las salvas y aclamaciones que anuncian la llegada de la Emperatriz. Al cronista le parece que está guapísima y muy elegante: le da el brazo el Emperador de Austria, siguiéndoles el Virrey, el Príncipe de Prusia y el interminable séquito de damas y personajes que les acompañan.

A codazos ganan los bilbaínos un buen puesto entre los tres pabellones y, gracias a su habilidad, no pierden ripio de la ceremonia.

Después salen del otro pabellón el Obispo y varios frailes, vestidos con riquísimos ornamentos. Después de haber rezado algunas

oraciones, sale otro Obispo—que dicen pertenece al séquito de la Emperatriz—y pronuncia un discurso-sermón, ponderando las ventajas que la civilización alcanzará con la apertura del canal y “jabonando mucho, por su cooperación, al Virrey, a la Emperatriz y a Lesseps, y dando las gracias a los demás por su asistencia”.

Un solemne Te-Deum dió fin al acto.

Después de charlar un rato con la comisión española y con Jesusa Jugo y su marido (siguen surgiendo paisanos), a los que encontraron casualmente, vuelven nuestros expedicionarios a bordo, desde donde presencian los fuegos artificiales y las iluminaciones, entre las que destaca la de la fragata del Virrey. Más tarde deciden volver a tierra para recorrer la población, también iluminada, presenciando antes una escena que les agrada mucho y en la que acaban tomando parte.

\* \* \*

Antes de desembarcar se les ocurre acercarse al “Aigle” para curiosear...

Con el debido respeto a la memoria de nuestros antepasados, empezamos a sospechar que la bella Emperatriz les ha impresionado mucho.

Cuando uno de ellos sugería a sus compañeros la idea de cantar alguna canción española, oyen el rasguear de una guitarra. Alguien se ha anticipado a su deseo de galantear a la egregia y hermosa española.

Guiados por aquella música se acercan a una falúa ocupada por un numeroso y animado grupo de gente, entre la que se encuentran el guitarrista y un coro que canta unas playeras... La Emperatriz está asomada a una de las ventanas bajas del “Aigle”, batiendo palmas y llevando el compás.

Terminadas las playeras, pidió cantaran “el vito”; pero, como nadie lo sabía, entonan una malagueña. La Emperatriz, entusiasmada del concierto, dicta a los cantantes la letra de una vieja copla que



ellos no conocían, inspirada sin duda por la emoción nostálgica del momento. La copla es la siguiente:

“Las penas y las no penas  
todo es pena para mí.  
Ayer penaba por verte,  
hoy peno porque te vi.”

Unidos estaban ya al grupo nuestros amigos, cuando uno de los castizos trovadores leyó un bien escrito discurso en nombre de la tripulación de la “Berenguela” y de las comisiones españolas, expresando la simpatía que a todos les inspira, y concluyendo con un “Viva la Condesa de Teba”, estrepitosamente contestado.

\* \* \*

El miércoles, 17, a las nueve de la mañana, empiezan a moverse los barcos.

Van todos a inaugurar el Canal, navegando por él, camino de Ismailia, donde el Virrey ha organizado una gran fiesta en obsequio de sus invitados.

Como en total hay de 50 a 60 barcos, formarán una cola bastante larga.

Abre la marcha el “Aigle”, al que siguen el buque del Emperador de Austria y los que conducen a todas las demás personas reales.

El “Príncipe Oddone” ocupa el vigésimoséptimo lugar en la comitiva, y no ha podido arrancar hasta la una de la tarde, dadas la separación y la reducida marcha con que navegan.

Los expedicionarios van entretenidos contemplando el inmenso lago Menzaleh por un lado, y por el otro el desierto interminable, con sus fantásticos *mirages*, “fenómeno que se reduce a creer uno estar viendo islas, casas y hasta caravanas con sus camellos y todo, y no hay en realidad nada de esto, como que al poco rato desaparecen. A cada momento se arman cuestiones entre los pasajeros que creen ver alguna isla y no quieren convencerse de que no puede ser, porque no hay una gota de agua por el lado que señalan. El efecto no puede ser más completo”.



JUEVES, 18.—Creían los viajeros llegar a Ismailia el miércoles al anochecer, pero, a consecuencia de haber encallado una de las fragatas que iban delante, tuvieron que detenerse y pasar la noche a media legua de Ismailia.

Por la mañana del 18 pudieron visitar, gracias a este retraso, uno de los campamentos de las obras, que tiene su iglesia, fonda, calles rectas y hasta frondosos jardines. Reanudada la marcha, vieron uno de los pocos puntos en que aún se trabaja, llamando la atención del cronista el sinnúmero de burros y camellos dedicados a transportar arena. Habría más de 400 asnos y un centenar de camellos, sorprendiendo la presteza con que éstos se echan para recibir la carga.

A las nueve llegan, por fin, al puerto formado en el lago Timsah. El pueblo está adornado con banderas y *arbustos*, fantasía máxima que podía ofrecerse en pleno desierto.

A la misma hora salía la Emperatriz para visitar el campamento antes mencionado por el cronista. La Emperatriz va en un cochecito tirado por 8 camellos con sus jinetes; sigue otro coche con el acompañamiento; algunos, entre ellos varias señoras, han preferido hacer el recorrido cabalgando en veloces camellos.

Ismailia está animadísimo. A la gran concurrencia de extranjeros hay que añadir una infinidad de jefes y gentes de las tribus del país, llamados por el Virrey, los cuales han establecido numerosas tiendas, algunas riquísimas, a la orilla del canal de agua dulce que pasa entre el lago y la población. Los indígenas están sentados, fumando



LESSEPS



y tomando café, y son tan finos que invitan a entrar en sus tiendas a cuantos forasteros se detienen ante ellas.

En todas hay charangas o malas murgas, pero lo que priva es una especie de gaita con acompañamiento de bombo; y como por cada gaita hay tres bombos, y las tiendas son muchas y muy próximas unas a otras, la algarabía es infernal.

También entretiene a los expedicionarios el típico espectáculo de correr la pólvora que realizan varios grupos partiendo de distintos puntos del campamento, y montando unos en caballos y otros en muy ágiles camellos; los hay que van en pie sobre sus monturas, a todo galope.

Delante de los coches reales y particulares van corriendo jóvenes egipcios, desnudos de pierna y brazo, con un bastón en la mano, gritando constantemente: "¡Guarda! ¡Guarda!"

"La raza ésta no puede compararse con ninguna de las que hemos visto, pues los famosos marquineses y guipuzcoanos son niños de teta al lado de esta especie de gigantes".

Muchos de los viajeros han tenido que alojarse en tiendas de campaña, durmiendo sin más colchón que una manta extendida en el santo suelo. Hay gran desorden en la organización, lo que se explica por el hecho de haberse reunido más de 600 invitados, además de las gentes que forman las comitivas de los soberanos y que suman un número no menor que el citado. Los bilbainos han acertado, pues, obteniendo del capitán de su barco permiso para alojarse a bordo. Esto les permitirá vestirse de frac para visitar el palacio del Virrey, asistiendo al gran baile con que éste obsequia a sus invitados en esta noche del 18.

Pero antes de la hora señalada para la brillante fiesta, hay tiempo de tomar café y curiosear un poco en las tiendas de los pintorescos indígenas. Y a fe que valía la pena de hacerlo, pues el espectáculo que en una de ellas se les ofreció fué desconcertante.

Era una tienda grande y lujosísima, muy iluminada con farolillos y ricos candelabros. He aquí lo que el cronista vió:

\* \* \*

"Cerrando casi la entrada había dos filas de árabes, sentados los



de delante y en pie los de atrás, prolongándose por los costados, con un número total que no bajaría de 60. Todos ellos movían la cabeza a uno y otro lado, con un movimiento regular y continuado, sosteniendo con la voz una nota baja y prolongada, y pronunciando palabras que no comprendíamos. Hacían el efecto de una máquina o barquín de ferrería.

"En el centro de la tienda (cuyo fondo y costados tenían grandes divanes, ocupados por jefes y extranjeros), había un personaje que debía ser un santón, el cual llamó a uno de los que estaban sentados en el suelo. Después de recitar una oración y de besar las manos al viejo, se puso a girar con los brazos en cruz, y así continuó durante todo el espectáculo, es decir, más de media hora, concluyendo por quedar como clavado en el suelo y hacer una reverencia, cuando el santón se lo ordenó.

"Mientras éste daba vueltas, pidió a otro un gran saco que llevaba en el pecho y, metiendo en él la mano, sacó una culebra viva de más de vara y media de larga, y llamó a otro de los que estaban sentados. Este cogió y sujetó la culebra por la cabeza y la cola y, después de orar un rato, se le acercó el santón, diciéndole unas palabras y le sopló en la boca. Lo mismo fué hacerlo que empezar el otro a dar grandes gritos mirando al cielo y, de repente, con un movimiento convulsivo, metió la cabeza de la culebra en su boca y de una dentellada se la arrancó y estuvo mascándola un rato, moviéndose a uno y otro lado y canturreando con los ojos cerrados. Al poco rato dió otro gran grito y se comió la cola y así, poco a poco, fué tragándose alternativamente de la parte de la cabeza y de la cola, dos grandes trozos, aumentando cada vez más las convulsiones que le daban al arrancar los trozos del reptil, y teniendo que sujetarle por último entre dos hombres, hablándole el santón al oído, y siendo llevado a su sitio desmayado.

"Mientras tanto seguía dando vueltas el primero y cantando los demás.

"Después sacaron a otro que con un sable hizo como si se cortara el pescuezo, y a otros que se clavaban en los ojos una especie de grandes clavos. Por último, salió otro al que sirvieron un plato de ascuas de fuego y se las fué comiendo como bizcochos.



"Estando distraídos con todo esto se colocaron a nuestro lado tres señoras, y José me hizo notar que una de ellas era la Emperatriz que, de incógnito, había entrado allí y trataba de ocultarse detrás de sus acompañantes. Llevaba un sombrerito a la italiana, es decir, de la forma de los que ahora llevan los hombres con una plumita, y una capita de color claro. Se colocó a mi lado su sobrina la de Alba, a la que hice pasar a primera fila y al poco rato, al oírnos hablar en español, dijo la Emperatriz a su sobrina que nos preguntase si había pasado la suerte de la culebra. José, que estaba más cerca de ella, le contestó que sí, explicándole la suerte, sobre la que hizo ella una porción de preguntas, hasta que sacó el reloj y, viendo que era tarde, se marcharon."

Lo mismo hicieron nuestros viajeros, renunciando a presenciar la deglución, que ya se iniciaba, de otro bicho de aquéllos. Volvieron a bordo, a prepararse para asistir a la recepción del Virrey, a cuyo palacio llegan a las diez y media. Les cuesta gran trabajo entrar, por el inmenso gentío que allí había.

"Baste decir—escribe el pobre cronista—que salimos a las doce sin haber podido ver a la Emperatriz y demás personas reales que se hallaban en los salones." (No nos cabe ya duda de que la Emperatriz hizo la conquista de los bilbaínos.)

El palacio tiene, además de un inmenso vestíbulo, cuatro grandes salas, detrás de las cuales y tomando terreno del jardín, han formado el comedor. Hay tres enormes mesas y en uno de los frentes, casi oculta por palmeras y arbustos, otra destinada a las personas reales. En el otro frente, un enorme mostrador en gradería, con manjares y dulces. Antes de las doce están ocupadas todas las mesas: se han sentado unas 400 personas.

El menú es algo más apetitoso que el servido por el santón a sus pobres súbditos.

Lo copiamos para que mediten los que se extasían ante los "progresos" de la civilización contemporánea y para envidia de nuestras racionadas amas de casa.



*Grand Souper  
donné  
à Ysmailia  
au Bal de l'Inauguration du Canal de L'Ystme  
de  
Suez  
le 18 Novembre 1869*

MENÚ

GRANDES PIÈCES

Poisson a la reunion des deux mers  
Roast-Beef a l'anglaise  
Galantine de Dinde a la Périgueux, sur socle  
Jambon historié id.  
Grand pain de gibier en bastion id.  
Galantine de Faisans a la Volière id.

ENTRÉE

Patés de Gibier a la Dorsey  
Langues de boeuf a l'anglaise  
Aspies de Nerac  
Galantino de Cailles en belle vue  
Filets a l'Imperiale

SALADE

Crevettes de Suez au Cresson  
Truffes au Vin de Champagne  
Salade russe  
Asperges d'Italie a l'huile vierge

RÔTI

Cuissot de Chevreuil a St. Hubert  
Dindonneaux truffés  
Faisans au Cresson  
Châpon garnis de Cailles

## ENTREMETS

Macedoine au Kirschwasser

Pudding diplomate a l'ananas

Biscuits de Savoie décorés

Napolitain historié

Glaces, Pieces Montées

Dessert Assorti

No daban más...

En el exterior estaban quemando fuegos artificiales, pero los árabes no se dignaban mirarlos, "así como tampoco corrian por ver a la Emperatriz." (¡Corazones de piedra...!) "Todo les parece indiferente como no sean las fantasías y la pipa."

*El viernes, 20*, se reanuda la travesía del nuevo Canal, camino de Suez. El grupo de nuestros expedicionarios ha aumentado con la incorporación de los hermanos Ricardo y Tomás Arellano. No pueden llegar a Suez en el día porque delante del "Príncipe Oddone" van varios barcos de grandes dimensiones, como la "Peluse", vapor francés de unas 800 toneladas, que encalló cuatro veces durante la excursión. "Se habla mucho del Canal, cuyas obras son asombrosas, pero lo cierto es que, aunque lo hemos pasado, no está concluido; además, los 8 metros que habían anunciado tenía de profundidad, quedan reducidos en muchos puntos a 6 y, por consiguiente, muchos buques, como nuestra fragata "Berenguela"—que contaba con ir a Manila por el Canal—, han tenido que quedarse en Port-Said hasta Enero, en que las obras estarán enteramente terminadas en lo que respecta a la profundidad, pero no en el ancho total que ha de tener, pues eso llevará más tiempo."

*El domingo, 22*, se va el grupo al Cairo, en tren. La desorganización es absoluta: el tren se toma por asalto. El andén está en plena calle, por el medio de la cual están tendidos los raíles y circulan trenes, peatones y caballerías. Los coches están destrozados. En las estaciones, incluso en la que hay restaurante y en la que "debía" comer el viajero, cambiando de tren, se conquistan por la fuerza los pocos cubiertos preparados, y el resto de los expedicionarios, incluso señores muy encopetados y hasta condecorados, asaltan la cocina y



se roban lo que pueden los unos a los otros. Por supuesto, nadie paga un cuarto, pues todos se dicen convidados del Virrey.

En el Cairo las penalidades aumentan por el problema terrible de encontrar alojamiento. La peregrinación en esta búsqueda hay que hacerla en los famosos borricos, pues los pocos coches que había en la estación fueron ocupados por los viajeros más ágiles. Menos mal que los borricos son maravillosos por el movimiento y por la velocidad: verdad es que tras ellos va trotando el árabe "y con sólo acercarse y hacer una cosa como si alentara muy fuerte para afuera, les hacen salir disparados".

Describe el cronista las calles, bazares y coches precedidos por el "Said", ágil negro de Nubia, pintorescamente vestido, que lleva en la mano un bastón por el día, y teas encendidas de noche. En los coches de más lujo son dos los negros que llevan antorchas, además del "Said" que va con su bastón. A la hora del teatro el efecto es fantástico.

No pudieron asistir a las funciones de teatro, por estar reservadas todas las localidades para los invitados oficiales; les dijeron que el de la Opera era muy bueno y fué construido en seis meses. Pero no dice el cronista una palabra de "Aida". Es evidente que de haberse organizado el acontecimiento de estrenar una obra de tal importancia, no hubiera dejado de dar alguna noticia, aunque fuera por referencias, un cronista tan meticoloso en sus descripciones. "Dicen que el teatro de la Opera es muy bueno y fué construido en seis meses..." Esto es todo lo que ha oído de la temporada teatral.

Por esto creemos que Calle Iturrino está en lo cierto al afirmar que "Aida" no se estrenó en las fiestas de inauguración del Canal.

Los bilbaínos vieron unas carreras de caballos. El hipódromo está a una legua del Cairo y tenían que hacer el trayecto en burro. Solamente les llamó la atención el efecto que hacían los moritos vestidos de jockeis "y la velocidad desarrollada por los camellos que, a su paso de perro, anduvieron 6 millas en 24 minutos".

Después de visitar las pirámides, sepulcros, etc., regresan a Suez. En el tren conocen a un señor Cónsul, que lo era en Bilbao en los años 1854 al 56 y fué amigo de los Mazarredo y de los Uhagón. Este señor les informa de que al Virrey le costaban las fiestas por

encima de 100 millones de reales, lo que se explica teniendo en cuenta que los innumerables invitados estaban alojados en fondas que cobraban 65 francos por persona y día, estando contratados los alojamientos por un mes, a lo que había de añadirse el costo de coches, ferrocarril, teatros y fiestas de todas clases, con traslado de tribus enteras.

En el viaje de regreso por el Canal vuelven a encallar varios buques. El mismo Lesseps, a quien visitaron para despedirse, se lamentó de lo ocurrido, culpando en parte a los capitanes que no quisieron utilizar el servicio de prácticos, añadiendo que no había más solución que poner mucha gente para alijar los buques.

Por fin, el 27, a la caída de la tarde, zarpa el "Príncipe Oddone" con rumbo a Brindisi. El tiempo es magnífico, la mar bella y... vamos camino del bochito. Los bilbaínos están de buen humor y organizan por la noche un pequeño concierto. Hasta el Conde se anima y se decide a cantar "El Barbero"; luego cantan todos el Miserero de "El Trovador" y algunas canciones de la tierra.

La descripción de Roma, Nápoles y otras poblaciones, aunque muy bien hecha, no tiene interés que merezca traspasar los límites del archivo familiar.

Como único comentario a la expedición relatada romperemos una lancita más en defensa del tan calumniado siglo XIX, acusado de turbulento por su hijo, por éste que disfrutamos, por el de la bomba atómica, los campos de concentración, las cartillas de racionamiento y los "navices".

En el atrasado XIX vivieron y viajaron nuestros padres más despacio, sí, pero mucho más amablemente, para ver una obra fantástica.

Convencidos estamos, como nuestro cronista, de que el barco de ruedas tenía un movimiento más dulce que los de hélices accionadas por motores de explosión (demasiada explosión) y muy revolucionados (demasiado revolucionados).

